

Presentación

La Niña Emilia fue una adelantada a su época, una feminista por acción. Ella fue la prueba viva de que lo que uno quiere con el alma, lo hace suyo. Una cantante negra que llevó la música de los pueblos afrocaribeños de Colombia a lo más alto. Este libro, en su primera parte, es un relato de ficción basado en la vida y obra de esta artista. Es un viaje desde la muerte, es decir, el principio de todo hasta un nuevo nacimiento.

Su vida fue llevada recientemente a la pantalla chica gracias a TeleCaribe, con un éxito de audiencia sin antecedentes. La calidad y la profundidad de la producción le valieron, igualmente, varios premios.

Este relato ha sido concebido con el apoyo de entrevistas y testimonios de familiares y allegados a la cantante, como sus sobrinos, amigos e hijas de la misma Emilia.

En la segunda parte, encontrarán aportes y testimonios de personas que trabajaron en la miniserie de TeleCaribe, del gerente del canal y de amigos y familiares de la cantante. Así mismo, fotografías del producto audiovisual y del detrás de cámara de este.

A decorative border of red lily-like flowers with yellow stamens surrounds the central text.

DÉJALA MORIR

I PARTE



I. LA CAJA NEGRA

La muerte me manda a buscar y yo la busco a ella.
(Canto de bullerengue de la tradición oral)

Mi nombre es Juana Emilia Herrera García. Ese es mi nombre de bautizo, pero me dicen la Niña Emilia y me acabo de morir. Realmente no sé si me acabo de morir como tal, pero lo cierto es que dejé de respirar en el mundo. Ahora mismo no estoy en el cielo, ni en el infierno, porque no veo ni a los ángeles, ni a los demonios, ni a los santos, ni a José Gregorio Hernández ¡bendito! Tampoco estoy dormida en un lugar donde descansan un millón de almas.

Siempre había tenido la curiosidad de ver cómo sería un lugar donde descansan miles de almas hasta que llegase el juicio. Me lo imaginaba grande, más grande que mi pueblo Evitar.

Sé que algo raro acaba de pasar al lado mío, si bien no le veo la cara ni el cuerpo; es como la sensación de que algo está cerca de mí. Ahora, siento un frío que cubre mi

En la imagen Emilia y Dago en la serie.
Fotografía: Archivo del canal TeleCaribe.
Foto fija: Freddy Fortich y Jiovanna Osorio.

cuerpo –o lo que queda de él– y lo que logro ver es a mí misma, pero un poquito opaca, como si me empezara a desteñir.

–Ajá, Emilia, ¿estás lista para volver al principio?

–¿Quién eres tú? ¿Dónde estás?

Siento, el sonido de un tambó; no sé de dónde viene. Yo siento que camino sin querer. Ahora estoy en mi casa. Todo el mundo llora. Mis hijos... aquí están.

En la puerta de la casa hay muchas personas sentando tomando tinto. La única que ha muerto aquí soy yo y, si estoy viendo todo, es porque ya estoy enterrada (supongo). ¿Habrà otro muerto? El tamborero ha cambiado de golpe en el tambó. Me voy a acercar.

El tipo que toca el tambó es sobrino mío; está al pie del cajón y parece que ni me hubiera sentido. Al lado de mis hijos, una mujer con la cara tapada, llora. ¿Será que le pagaron para que estuviera aquí? Me voy a acercar lentamente a esa caja negra; voy a mirar.

–¡Ñerda, es que soy yo!

La cara la tengo igualita... no parezco ni muerta. Lo que no me gusta es que no me pusieron mis lentes, ni mis uñas de oro. Eso sí: el vestido está bonito...

...Otra vez siento eso cerca de mí.

–Yo te estaba esperando, Emilia.

–¡Pero da la cara, carajo!

Esa voz... yo la conozco.

–Debes volver a ver tus pasos pa' que nos podamos ir...

–Pero es que yo no quiero ir.

–Tienes que dejarte morir.

Bueno, para empezar, la verdad es que la vida para mí siempre ha sido una ilusión. Ahora creo que ninguna de las peleas con mi amiga Irene valieron la pena. Ella, que en aquellos tiempos fue la única persona que no me despreció cuando fui la puta del pueblo. O sí, sí valieron la pena, todo es por algo. Sin embargo, para que entiendan más o menos de lo que les hablo, les voy a contar por partes.

Mi madre se llamaba Juanita. Cantadora también. Su familia había sido una de las primeras que pobló el municipio de Mahates, y más específicamente, Gamero, un pueblo de aquí mismo. Se casó muy joven con mi padre, un dueño de fincas en Evitar.

Fueron los Herrera, familia de mi padre, quienes fundaron el corregimiento de Evitar, después de que en

Mahates, un hombre de una familia poderosa del pueblo perjudicara a una quinceañera de la familia (algunos en el pueblo pensaban que la culpable era la muchachita por andar “alborotada”, otros nada más decían que, si fue varón para perjudicarla, lo fuera también para casarse con ella). Los Herrera exigieron al hombre que respondiera casándose con la muchachita, pero la familia del hombre no quería que esto pasara porque no eran del mismo bando político: los Herrera éramos liberales. A raíz de eso, las dos familias se agarraban todos los días a palo, convirtiendo Mahates en un campo de batalla. Al final, determinaron que no podían estar en el mismo pueblo y, así, algunos Herrera decidieron irse a los montes cercanos para evitar problemas. Allí se fueron asentando hasta que conformaron el corregimiento cuyo nombre no podía ser otro que el de “Evitar”.

Después de tanto problema, los de la otra familia sintieron que debían irse también. Lo hicieron de mala gana y se asentaron en otro punto también a las afueras de Mahates, pero que estaba lo suficientemente retirado de los Herrera. Hoy en día, este pueblo se llama “Malagana”.

Mientras mi padre hacía las mejores parrandas del pueblo, mi madre podía estar el día y la noche enteros cantando. Cantando de casa en casa a todo el que se llamara Juan y Pedro, mi madre y su grupo recorrían los pueblos cercanos en el mes de junio, durante las festividades de San Juan y de San Pedro. No se per-

dían tampoco las Fiestas de la Conquista en Evitar y en Gamero, donde también cantaban y se enfiestaban. Mientras esto sucedía, mi padre se quedaba atendiendo las fincas y haciendo desastres con cuanta mujer había en el pueblo.

La Fiesta de la Conquista es una fiesta de negros, es nuestra manera de decirle al resto del mundo:

¡Nuestra música y nuestros bailes nos hacen libres! ¡La libertad es la única realidad!

En la época de la conquista, cuando los blancos españoles mandaban por todas estas tierras, a los negros se nos permitía tener un día de celebración. Así, los negros vestían de reina a la mujer más bonita de su grupo y la ponían a bailar en toda la mitad del fandango. Por eso, los blancos siempre estaban pendientes cuando los negros hacían sus fiestas: para entrar y robarse a la hermosa muchacha que habían elegido.

Además de ser los esclavos que cortaban el cultivo, que trabajan la tierra, que cuidaban de los niños, tenían que soportar que se llevaran a las mujeres, como si fueran cualquier cosa.

Entonces, un día decidieron que en la siguiente fiesta iban a elegir como “reina” a un hombre, que vestirían de mujer. Y así fue. La noche en que sacaron los tambo-

res para formar su fandango y cuando ya el baile había empezado, todos los negros bailaban al son del tambó. Efectivamente, la mujer más bella estaba en el centro del baile contoneando sus caderas. En ese momento, los soldados españoles se metieron en el baile, como dueños de fiesta, y tomaron por la muñeca a la “hermosa mujer”; sin embargo, lo que sintieron fue el grosor y la fuerza de un brazo de negro. Ahí se formó la palera.

Mi madre no cobraba un solo peso por las presentaciones, pues ella y mi papá conformaban una de las familias con más plata del pueblo (si no era la que más tenía). Como ya les dije, en época de fiestas mi mamá amanecía cantando con su grupo; iban de casa en casa, de pueblo en pueblo, y así vivía con mi padre, más o menos como locos.

Su nombre era Francisco: él era alto, su piel estaba tostada y su sonrisa era amplia... sí, mi padre rompía los horizontes cada vez que se reía. Mi madre sabía eso: que la mirada de papá guardaba al sol. Salía a buscarlo por todas partes y donde veía al “Purrongo” amarrado (el caballo amarillo de papá) ahí lo encontraba. Casi siempre estaba tomando trago con sus amigos y con mujeres. Mi mamá lo sacaba de donde estuviese y, cuando llegaban a la casa, se armaba la pelotera: primero, él decía que se llevaba todo; entonces, mi mamá decía que lo empacara él mismo; papá Francisco, le respondía que no lo iba a hacer y luego se iba para los cultivos. Sin embargo, al cabo de un rato ella se le acer-

caba como si nada le hubiese molestado y le daba de beber agua de panela.

Mientras ellos vivían en ese *ir y venir*, yo cogía un caballo y me iba a darle serenatas a cualquier amiga por ahí. Cantando rancheras yo aprendí a vivir despechada; me divertía. Uno de esos días que llegué a Evitar, para que papá no se dieran cuenta que yo andaba por Mahates, me metí por el lado del monte que daba a una de sus fincas. Pero, para mi sorpresa, justo cuando me estaba bajando del caballo vi a mi padre frente a mí.

–Coge ese caballo y llévatelo de aquí –le dijo a un muchacho que estaba al lado de él.

El muchacho reaccionó rápido, pero tranquilo: pasó cerquita, rozando mi brazo con su cuerpo, y agarró el caballo. Antes de que se fuera, mi papá siguió regañándome.

–¿Pensaste que nadie se iba a dar cuenta? ¡Quieres andar como la veleta!

No podía ser posible que papá me estuviera haciendo quedar en vergüenza delante del pela’o ese. Salí corriendo de allí y vi cómo el joven se retiraba tras la mirada autoritaria de mi padre.

Después de haberme hecho pasar pena delante de ese pela’o, cuyo nombre quería averiguar enseguida, papá

no me dijo más nada. Yo, que para entonces tenía apenas quince años, solo podía pensar en quién era el dueño de esos brazos. Esperé a que la noche cayera, cogí una arepa para comer en el camino y me fui para la calle sin que nadie me viera. Caminé por la llamada “calle larga” del pueblo y aparecí de pronto en la finca La Ceiba, esa misma donde había sido regañada en la tarde. Recuerdo que escuché las notas de una guitarra. Las seguí y descubrí a mi hermano mayor, Andrés, sentado bajo un árbol. Estaba tocando el instrumento y, realmente, lo hacía como los dioses: a veces, lo tocaba hasta con los dientes. Sin embargo, porque era penoso, se cuidaba mucho de que no lo vieran.

Me senté a su lado; tenía los ojos cerrados y ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia. Cada vez que Andrés cambiaba la posición de sus dedos, yo podía ver que las estrellas bailaban. Cuando terminó de tocar, abrió los ojos y las estrellas dejaron de moverse.

–Oh, Emilia, ¿tú qué haces aquí a estas horas? –me preguntó.

–Ya me iba para la casa; venía de donde mi compañera del colegio.

–Bueno, ¡jarranca, pues!

Yo tiraba el ojo por todos lados a ver si por ahí veía al muchacho. Andrés no dejaba de seguirme con la mirada; prácticamente me estaba sacando a patadas.

–Ajá, Emilia, ¡sal de aquí! ¡Vete pa’ la casa!

Me volé la cerca sin dejar de mirar. Definitivamente, nadie andaba por ahí; al menos, no el que me interesaba. Entonces, resolví irme mirando las estrellas. Me gustaba pensar que ellas me seguían mientras caminaba y, por estar mirando para arriba, me tropecé con una piedra y caí *como pepa de guama*. Reconocí esos brazos cuando trataban de levantarme: eran los de él... la boquita me temblaba... casi que no podía decir palabra.

–Emilita, ¿qué hace por aquí sola? –me preguntó, como si estuviera hablando con una bebé.

–Nada. Estaba en La Ceiba con mi hermano Andrés que me había pedido un favor. –Lo miré de arriba a abajo y él a mí también; por un momento los dos nos quedamos callados.– Oye, ¿y tú por qué sabes mi nombre y yo no el tuyo?

–Dago –respondió, acomodándose su pelo afro–. Vamos pa’ acompañarte a tu casa.

Me dejé llevar. Caminábamos juntos y, aunque yo tenía ganas de hablar, el Dago ese no me decía ni una palabra; pero, en cambio, caminaba muy cerquita, ¡qué sensación! Era como si sintiera que me jalaba, y fue así: sin darme cuenta, nuestras manos ya estaban abrazadas. Hasta ese momento solo sabía que se llamaba Dago, que posiblemente trabajaba en La Ceiba con papá, que podía ser enrejador o arreador de ganado, y que tenía cara de tener diecisiete años.



Cuando ya estaba cerquita a la casa donde vivíamos, pasó mi hermana Martha, mayor que yo, y me miró de forma acusadora. No me dijo nada, pero yo supe que tenía que dejar de abrazar la mano de Dago. Él pareció entender lo que pasaba y yo me pegué a mi hermana.

Cuando llegamos a la casa, le soltó todo a mamá. Mi madre, que era más tranquila, solo me mandó a dormir y me dijo que después hablábamos de ese pela'ó. Me acosté al lado de mi hermanita Basilisa que, en esa época, tenía diez años. Ella estaba rendida; la abracé, cerré los ojos y vi, entonces, a Dago. Le acaricié los brazos, lo toqué todo y, ahí, me quedé dormida profundamente.

Al despertar, advertí que Basilisa me estaba mirando como una gallina mira un bulto de sal. Dijo que estaba *apalastrá*, y *apaleada* de la estrujadera que le tenía, y lo dijo (eso fue lo peor) delante de todos en la casa. A mí, claro, me dio mucha pena.

Me monté en mi caballo y salí para Mahates, donde quedaba la escuela. En el camino vi un rosal. Me detuve, tomé una rosa y me la puse en la cabeza y escuché entonces esa voz que sabía a tambó.

–Si te pones dos te vas a ver más bonita.

Eso me causó mucha risa. Mi carcajada cautivó hasta al caballo. Esas palabras eran de Dago. Y mi risa lo decía todo.

– ¿Para dónde vas, Emilita, que te estás colocando flores en la cabeza?

–Voy pal' colegio...–le respondí, cubriéndome la cara.

– ¿Y sabes leer y todo eso?

En la imagen Dago en la serie. Fotografía:
Archivo del canal TeleCaribe. Foto fija:
Freddy Fortich y Jiovanna Osorio.